



MAGGIE
STIEFVATER

MILAGROS
EN BICHHO
RARO



MAGGIE
STIEFVATER

MILAGROS
**EN BICHO
RARO**

TRADUCCIÓN DE XOHANA BASTIDA





fundación sm

La Fundación SM destina los beneficios de las empresas SM a programas culturales y educativos, con especial atención a los colectivos más desfavorecidos.

Si quieres saber más sobre los programas de la Fundación SM, entra en
www.fundacion-sm.org

LITERATURASM.COM

Primera edición: octubre de 2018

Gerencia editorial: Gabriel Brandariz
Coordinación editorial y traducción: Xohana Bastida
Coordinación gráfica: Lara Peces

Título original: *All the Crooked Saints*

Publicado por primera vez por Scholastic Press en 2017
Copyright © 2017 Maggie Stiefvater
All rights reserved. Published by arrangement with Scholastic Inc.,
557 Broadway, New York, NY 10012, USA

La compra de derechos de este libro se negoció
a través de Ute Körner Literary Agent, S.L., Barcelona
www.uklitag.com

© de esta edición en castellano: Ediciones SM, 2018
Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE
Tel.: 902 121 323 / 912 080 403
e-mail: clientes@grupo-sm.com

ISBN: 978-84-9107-975-0
Depósito legal: M-23828-2018
Impreso en la UE / *Printed in EU*

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Para David,
por fin.

COLORADO, 1962

1

Los milagros pueden oírse mucho después del oscurecer.

En eso, los milagros son muy similares a las ondas de radio. Poca gente se da cuenta de lo mucho que tienen en común las ondas radiofónicas ordinarias y los extraordinarios milagros. Por sus propios medios, las ondas de radio solo serían audibles en una circunferencia de unos setenta u ochenta kilómetros. Las ondas se extienden en línea recta desde la fuente emisora; y, dado que la Tierra es redonda, tardan muy poco en separarse del suelo y encaminarse hacia las estrellas. ¿No haríamos todos lo mismo, si pudiéramos? Es una verdadera lástima que tanto los milagros como las ondas de radio sean invisibles, porque el espectáculo que proporcionarían sería digno de verse: franjas de prodigios y de sonido desprendiéndose en trayectoria recta y precisa desde lugares del mundo entero.

Sin embargo, no todas las ondas radiofónicas escapan al espacio sin que nadie las oiga, y lo mismo ocurre con los milagros. Algunos rebotan en el techo de la ionosfera, donde miríadas de electrones libres, ansiosos de ayudar, oscilan con ellos en gozosa armonía antes de devolverlos a la Tierra en nuevas trayectorias. De este modo, una señal que brota de Rosarito o de Nogales puede toparse con la ionosfera y terminar en Houston o en Den-

ver, más fuerte que al comienzo. ¿Y si se emite después de la puesta del sol? En esta vida hay muchas cosas que funcionan mejor sin que el sol se entrometa, y este proceso es una de ellas. De noche, las ondas radiofónicas y los milagros pueden cabecear arriba y abajo tantas veces que, en algunas ocasiones impredecibles, terminan por llegar a receptores de radio o a santos localizados a miles de kilómetros de su fuente de emisión. De este modo, un pequeño milagro acaecido en la aldea de Bicho Raro puede escucharse en Filadelfia y viceversa. ¿Es esto ciencia? ¿Religión? Incluso a los científicos y los santos les cuesta diferenciar esas dos cosas. De hecho, quizá no importe: cuando se cultivan semillas invisibles, es imposible que todo el mundo coincida en el aspecto que tendrá la cosecha invisible resultante. Lo más sensato es limitarse a reconocer que ambas cosas se cultivan bien en compañía.

Esta historia comienza una noche en la que un santo y una científica se esforzaban por oír algún milagro.

Era una noche oscura, tan oscura como pueden serlo las noches en el desierto. Los tres primos de la familia Soria estaban sentados en la parte trasera de una camioneta. Sobre sus cabezas, las estrellas más grandes del firmamento llevaban una hora empujando fuera de él a sus compañeras menudas, que caían en una especie de llovizna. Bajo ellas, el cielo era un puro manchurrón negro que llegaba hasta la maleza.

Los únicos sonidos que se oían eran los de la radio y los milagros.

La camioneta estaba aparcada en una llanura salpicada de matorrales, a varios kilómetros del pueblo más cercano. No era gran cosa: una herrumbrosa Dodge roja de 1958, con un radiador frontal que le daba una cierta expresión de optimismo. Tenía rajado uno de los intermitentes traseros. El neumático frontal derecho siempre estaba un poquitín más deshinchado que el izquierdo. En el asiento del copiloto había una mancha que jamás dejaría de

oler a coca cola de cereza. Del retrovisor colgaba un alebrije, una figurita mexicana que representaba una bestia mitad mofeta, mitad coyote. La matrícula era de Michigan, aunque la camioneta no estaba en Michigan.

La radio sonaba. No la que había en la cabina, sino otra situada en la plataforma de carga: un receptor Motorola azul celeste que normalmente se encontraba en la cocina de Antonia Soria. En ese momento, el aparato reproducía la cadena de radio de los primos Soria. No la que escuchaban habitualmente, sino la que habían creado. Su camioneta era, en realidad, una emisora sobre ruedas.

Aunque quizá no sea justo hablar en plural. En realidad, la camioneta pertenecía a Beatriz Soria, lo mismo que la emisora de radio. Este relato trata de todos los miembros de la familia Soria, pero, sobre todo, trata de Beatriz. Aunque no era su voz la que viajaba por las ondas, lo que hacía posible ese viaje eran los complicados circuitos de su corazón. Así como muchas personas usan sus sonrisas o sus lágrimas para mostrar cómo se sienten, la enigmática Beatriz Soria usaba una caja llena de transmisores que emitían en medio de un desierto de Colorado. Si Beatriz se hacía una herida, estuviera donde estuviese, los altavoces de la camioneta sangraban.

–... Si estáis cansados de menearos solo con el swing –decía la voz del locutor–, nos encontraréis desde que el sol se ponga hasta que se alce de nuevo.

La voz pertenecía a Joaquín, el menor de los tres primos. Joaquín tenía dieciséis años, se tomaba muy en serio y prefería que el resto de los mortales hiciesen lo mismo. Cortés y siempre bien afeitado, se sujetaba los auriculares contra una oreja para que no le arruinasen el peinado, un tupé engominado al estilo Elvis que alcanzaba una altura considerable. Dos linternas lo enchufaban como focos premonitorios, bañándolo de luz dorada y de-

jando todo lo demás sumido en una masa violácea, azul y negra. Iba vestido con la misma camisa desde hacía dos meses: un modelo hawaiano de manga corta, con estampado de flores rojas y con el cuello levantado.

Joaquín había visto una camisa parecida, también con el cuello levantado, en la única película que había conseguido ver en 1961, y se había comprometido consigo mismo a adoptar ese estilo. A sus pies brotaba un huerto de botellas de refresco llenas de agua. A Joaquín le producía pavor la idea de deshidratarse, y, para combatir ese miedo, llevaba siempre consigo agua suficiente para varios días.

Después del anochecer, Joaquín dejaba de llamarse Joaquín Soria. A bordo de la emisora móvil que vagaba por la meseta desértica, Joaquín adoptaba el nombre de Diablo Diablo. Era un apelativo artístico que habría escandalizado tanto a su madre como a su abuela, si lo oyeran, y eso era justamente lo que el muchacho deseaba conseguir. A decir verdad, el seudónimo incluso le escandalizaba un poquito a él mismo. Cada vez que lo pronunciaba sentía un delicioso estremecimiento, y por su cabeza rondaba la idea supersticiosa de que, si decía la palabra «diablo» por tercera vez, el mismísimo maligno aparecería ante él.

He aquí una cosa que Joaquín Soria deseaba: ser famoso. Y una cosa que temía: morir solo en la llanura polvorienta que rodeaba la aldea de Bicho Raro.

–... Y ahora, otro tema para bailar y soñar –prosiguió Diablo Diablo–. He aquí la música más en boga del 62; desde Del Norte hasta Blanca y desde Villa Grove hasta Antonito, os dedicamos canciones que salvarán vuestras almas.

Beatriz y Daniel, los dos primos restantes, enarcaron las cejas al oírlo. La afirmación que acababa de hacer –que su emisión alcan-

zaba todo el valle de San Luis- era falsa de todo punto. Sin embargo, a Joaquín no le interesaban tanto las verdades como las cosas que serían agradables de ser verdad. En efecto, la emisora no cubría el valle entero, pero el mundo sería un lugar mucho más amable si lo hiciera.

Daniel se removió. Los tres primos estaban apretujados en la caja de la camioneta, y aquella incómoda proximidad hizo que el largo pie de Daniel chocase contra una de las botellas de agua de Joaquín. La chapa de metal resbaló de canto, tambaleándose como si la persiguieran. Los cables enmarañados por el suelo parecieron encogerse ante la proximidad del agua. Por un momento, sonó en el vehículo el susurro del desastre inminente. Entonces, Joaquín agarró la botella al vuelo y la sacudió delante de Daniel.

-No rompas la camioneta, que es nueva -le espetó.

No lo era; lo único nuevo era su uso como emisora de radio. Antes de que el vehículo tuviera que adaptarse a su nueva función, había servido para que los Alonso -esto es, los miembros de la familia de la hermana de la cuñada de Ana María Soria- viajasen desde los lugares donde trabajaban como pintores hasta los bares que frecuentaban. La camioneta, harta de aquella tediosa labor, se había estropeado; y dado que los Alonso preferían pintar y beber a levantarle el ánimo a su camioneta, el vehículo había terminado cubierto de maleza. De hecho, a lo largo de aquel tiempo se había acumulado en el techo y el capó la humedad suficiente para sustentar una espesa colonia de espiguillas y lastoncillos, lo que había transformado la camioneta en una especie de marjal en pleno desierto. Muchos animales viajaron kilómetros para acudir a aquel oasis: primero, un castor; luego, doce ranas de agua, con su croar de mecedora desvencijada; más tarde, treinta truchas tan ansiosas de encontrar un nuevo hogar que cruzaron el valle entero a pie. El golpe final ocurrió con la

llegada de doce grullas canadienses, tan altas como una persona adulta y el doble de escandalosas. El caos de aquella pequeña marisma no dejaba dormir a nadie en los alrededores, ni de noche ni de día.

Beatriz recibió el encargo de librarse de aquellas bestias, y fue así como descubrió la camioneta que había oculta bajo el marjal. El proceso de restauración fue tan lento y gradual que la nueva marisma apenas se dio cuenta de que la estaban expulsando, y muy pronto la mayor parte de los Soria se olvidaron de su existencia. Aquel olvido alcanzó también al propio vehículo. Aunque las tablas del suelo aún mostraban los rodetes rojizos causados por el óxido de las latas de pintura, el único recordatorio de su época como ecosistema era un huevo que Beatriz había encontrado debajo del acelerador. Era tan grande como la palma de su mano, manchado como la luna y tan ligero como el aire. Beatriz construyó una hamaca de gasa para sostenerlo y lo colgó en la parte trasera de la cabina para que les diera suerte. Ahora se balanceaba suavemente sobre transmisores de la época de la guerra de Corea, reproductores de casetes de tercera mano, pletinas rotas y montones de tubos, reóstatos y condensadores reutilizados.

–Y ahora –susurró Diablo Diablo (¡Diablo!)–, vamos a poner un bonito disco de los Drifters. Este tema se llama *Save the Last Dance for Me*, «guarda el último baile para mí»... Pero nosotros no vamos a bailar, así que no dejéis de escucharnos.

De hecho, lo que hizo Joaquín a continuación no fue poner un bonito disco de los Drifters. En lugar de ello, la canción empezó a sonar en uno de los reproductores de casetes. Los primos habían grabado el programa entero de antemano por si tenían que salir a escape del lugar en el que estaban aparcados. En aquella época, la Comisión Federal de Comunicaciones no veía con buenos ojos que la juventud estadounidense montara radios ilegales

en su tiempo libre, principalmente porque la juventud estadounidense tenía un gusto musical deleznable y una cierta inclinación hacia posturas revolucionarias. Si las autoridades pillaban a alguien quebrantando la orden, podían multarle e incluso meterle en la cárcel.

–¿Creéis que nos estarán rastreando? –preguntó Joaquín con tono esperanzado.

No es que quisiera ser perseguido por las autoridades; pero estaba tan deseoso de que alguien lo escuchase que se tomaba lo primero como condición indispensable para lo segundo y, por lo tanto, se resignaba a ello.

Beatriz estaba sentada junto al transmisor, con las manos suspendidas sobre el aparato, perdida en los vericuetos de su imaginación. Al darse cuenta de que tanto Joaquín como Daniel aguardaban su respuesta, dijo:

–A no ser que haya mejorado el alcance de nuestra emisión, me parece improbable.

Beatriz era la segunda de los primos en edad. Si Joaquín era ruidoso y llamativo, Beatriz poseía una serenidad sobrenatural. A sus dieciocho años, era una especie de efigie hippie de la Virgen, con la melena negra partida por una raya al medio, nariz aguileña y una boca menuda y enigmática que muchos hombres habrían descrito como «un capullo de rosa», pero que Beatriz describía como «mi boca». Tenía nueve dedos, ya que había perdido uno de ellos en un accidente cuando tenía doce años. No le había importado demasiado; al fin y al cabo, solo era el meñique de la mano derecha (Beatriz era zurda). Al menos, había sido una experiencia peculiar. Y de todos modos ya no podía recuperarlo, así que no tenía sentido preocuparse por ello.

Si Joaquín participaba en la emisora ilegal para obtener fama y reconocimiento, la motivación de Beatriz era puramente intelec-

tual. Restaurar la camioneta y construir la emisora de radio había sido como resolver dos rompecabezas, y a Beatriz le gustaban los rompecabezas. Los comprendía. A la edad de tres años, había diseñado un puente plegable y clandestino que comunicaba la ventana de su cuarto con el prado de los caballos; de este modo, podía ir al prado descalza en mitad de la noche sin pincharse los pies con los cardos del camino. A los siete, había diseñado una mezcla de colgante móvil y teatrillo para títeres con la que podía hacer que las muñecas de la familia Soria bailasen para ella mientras estaba metida en la cama. Al cumplir los nueve, había empezado a crear un lenguaje secreto junto a su padre, Francisco Soria, y los dos seguían perfeccionándolo en la actualidad. En su forma escrita, el lenguaje consistía en largas sucesiones de números; su forma hablada eran notas musicales que se correspondían con la fórmula matemática del sentimiento que se deseaba expresar.

He aquí una cosa que Beatriz deseaba: reflexionar tranquilamente hasta comprender en qué se parecía una mariposa a la galaxia. Una cosa que temía: que le pidieran hacer cualquier otra cosa.

–¿Crees que Mamá o Nana nos estarán escuchando? –insistió Joaquín (¡Diablo Diablo!).

En realidad, no deseaba que su madre o su abuela descubrieran su identidad secreta; sin embargo, le habría encantado que oyeran a Diablo Diablo y se dijeran en susurros que aquel locutor clandestino tenía voz de ser muy guapo y de parecerse a Joaquín.

–A no ser que haya mejorado el alcance de nuestra emisión, me parece improbable –repitió Beatriz.

Aquella era una pregunta que ya se había planteado. Su primera emisión radiofónica solo había llegado a unos cientos de

metros de distancia, a pesar de la enorme antena de televisión que Beatriz había acoplado al sistema. A menudo se entretenía recorriendo mentalmente los circuitos en busca de la fuga por la que podría estarse escapando la emisión antes de alcanzar la antena.

Joaquín hizo una mueca huraña.

–No tienes por qué decirlo en ese tono –protestó.

Beatriz no sintió ningún remordimiento. No lo había dicho en ningún tono concreto; lo había dicho, sin más. Sin embargo, parecía que eso no siempre era suficiente. A veces, sus familiares de Bicho Raro se referían a ella como «la chica sin sentimientos». A Beatriz no le importaba; de hecho, le parecía una descripción bastante apropiada.

–De todos modos, ¿cómo van a escucharnos? Nos hemos llevado su radio –observó.

Los tres primos dirigieron la mirada hacia el aparato que habían sustraído de la encimera de la cocina de Antonia Soria.

–Pasito a paso, Joaquín –le aconsejó Daniel–. Por bajo que suene una voz, sigue siendo una voz.

Daniel era el tercer primo y el de mayor edad. Su nombre completo era Daniel Lupe Soria; tenía diecinueve años, y sus padres llevaban muertos más tiempo del que él llevaba en el mundo. Tenía un ojo tatuado en cada uno de los nudillos, salvo en los pulgares. Así pues, poseía ocho de aquellos ojos, como una araña, y lo cierto es que su constitución –con extremidades largas y finas y cuerpo ligero– también recordaba a la de una araña. El pelo, largo y liso, le llegaba hasta los hombros. Daniel era el santo de Bicho Raro, y cumplía su papel a la perfección. Beatriz y Joaquín lo querían con toda el alma, y él les correspondía del mismo modo.

Aunque conocía desde el principio el proyecto de la emisora, era la primera vez que acompañaba a Beatriz y a Joaquín, ya que normalmente estaba muy ocupado con los milagros. Como santo del lugar, las idas y venidas de los milagros ocupaban la mayor parte de su mente y de sus días; era una tarea que le proporcionaba grandes alegrías y le inspiraba una gran responsabilidad. Aquella noche, sin embargo, estaba preocupado por un asunto de la mayor importancia, y quería pasar un rato con sus primos para recordarse a sí mismo todas las razones por las que debía ser cauto.

He aquí una cosa que Daniel deseaba: ayudar a una persona a la que no estaba autorizado a ayudar. Una cosa que temía: destrozarse a toda su familia por ceder a aquel deseo secreto.

–Por bajo que suene una voz, sigue sonando bajo –replicó Joaquín, molesto.

–Algún día serás famoso en tu papel de Diablo Diablo y nosotros seremos peregrinos que acudan a verte a Los Angeles.

–O a Durango, al menos –rebajó Beatriz.

Aunque Joaquín prefería imaginar un futuro en Los Angeles que uno en Durango, renunció a protestar más. Con la fe de sus primos le bastaba, por el momento.

Hay familias en las que ser primos no significa nada, pero ese no era el caso en aquella generación de la familia Soria. A pesar de que las relaciones entre los Soria de mayor edad acumulaban detritos, como ostras que convirtieran en perlas los granos de arena, los tres primos eran inseparables. Joaquín podía pasarse de fantasioso, pero en el interior de aquella camioneta se valoraba su ambición desmedida. Beatriz podía resultar lejana, pero en el interior de aquella camioneta Daniel y Joaquín no le pedían más que lo que ella era capaz de darles de buen grado. Y aunque todo el mundo apreciaba al santo de Bicho Raro, en aquella camioneta Daniel podía permitirse ser simplemente humano.

–A ver, voy a comprobar nuestro alcance –dijo Beatriz–. Pasadme la radio.

–Recógela tú –protestó Joaquín; pero al ver que ella se quedaba inmóvil, terminó por alcanzarle el aparato. Nadie podía superar a Beatriz en paciencia.

–Voy contigo –decidió Daniel.

En la aldea de Bicho Raro vivían dos cabras gemelas llamadas Fea y Moco, cuyo nacimiento había estado rodeado de circunstancias notables. No es raro que las cabras tengan dos y hasta tres crías por parto, de modo que la peculiaridad de su nacimiento no residía ahí. Lo extraño era que primero hubiera nacido Moco y que, tras ello, su madre hubiera decidido que no tenía ni fuerzas ni ganas de parir por segunda vez aquella noche. Así que, aunque Fea habría estado encantada de nacer unos minutos después que su gemela, tuvo que esperar en el vientre de su madre durante varios meses, hasta que esta se sintió motivada para dar a luz de nuevo. Cuando al fin Fea nació, su prolongada estancia en el vientre, oculta a la luz del sol, había hecho que su pelaje fuese negro como el carbón. A ojos ajenos, aquellas cabras parecían simples hermanas, o ni siquiera eso; pero las dos se comportaban como auténticas gemelas, siempre pegadas y atentas al bienestar de la otra.

Lo mismo ocurría con Beatriz y Daniel. Por fuertes que fueran los lazos entre Joaquín, Beatriz y Daniel, los que existían entre Beatriz y Daniel eran más fuertes aún. Ambos poseían una tranquilidad natural tanto interna como externa, y los dos compartían la misma curiosidad ávida por saber qué hacía funcionar el mundo. Además, también los unía la cercanía creada por los milagros. Todos los miembros de la familia Soria nacían con la capacidad de hacer milagros, pero en cada generación había algunos más capacitados para ello que otros. Dependiendo de a quién se le preguntara, podía decirse que eran personas más

extrañas o más santas que las demás. En aquel momento de la historia de los Soria, los más cercanos a la santidad eran Daniel y Beatriz; y dado que Beatriz deseaba con desesperación no ser santa, y Daniel apenas deseaba nada más que serlo, ambos habían alcanzado un equilibrio perfecto.

Alrededor de la camioneta, el frío cielo del desierto se alejaba imparable como una historia sin final. Beatriz se estremeció. Antonia, su madre, decía siempre de ella que tenía corazón de lagartija, y era cierto que la preferencia de Beatriz por el calor sofocante resultaba casi reptiliana.

Beatriz no se molestó en sacar la linterna que llevaba enganchada a la cintura de la falda. Aunque no le preocupaba lo más mínimo la Comisión Federal de Comunicaciones, tampoco quería llamar la atención de nadie sobre su presencia. Intuía, del modo en que todos los Soria intuían aquellas cosas, que había milagros en marcha aquella noche; y sabía, del modo en que todos los Soria sabían aquellas cosas, que interferir en los milagros podía tener consecuencias.

Así pues, los dos primos caminaron en la espesa penumbra. La luz de la luna creciente apenas alcanzaba para recortar las siluetas pinchudas de los arbustos de gayuba y gobernadora. Las matas de enebro desprendían un aroma cálido y jugoso, y las de barrilla tironeaban del borde de la falda de Beatriz. Las distantes luces de Alamosa tostaban el horizonte; desde tan lejos parecían un fenómeno natural, como un amanecer prematuro. En la radio, Diablo Diablo pedía a sus oyentes que mirasen, que esperasen, que escuchasen porque ahora venía un single increíble, una canción que echaba humo y a la que las grandes radios no habían hecho el caso que se merecía.

En el interior de la mente de Beatriz Soria, los pensamientos daban vueltas con afán, como de costumbre. Mientras Daniel y ella cruzaban la oscuridad, Beatriz reflexionó sobre lo ingeniosas que

eran las radios portátiles como la que llevaban consigo, imaginó una época en la que la gente creía que el aire de la noche estaba lleno de vacío, y dio un par de vueltas a la expresión «estar en el aire». Luego se le ocurrió que, en realidad, estaba avanzando por una ciudad atómica atestada de sustancias químicas invisibles, microorganismos y ondas, algunas de las cuales solo podían detectarse gracias a aquella caja mágica capaz de recibirlas y escucharlas convertidas en sonidos audibles para sus oídos humanos. Se inclinó ante aquellas ondas de radio invisibles como habría hecho ante una ráfaga de viento fuerte, y extendió una mano en el aire como si pudiese palparlas. Siempre había sentido el impulso de tocar lo invisible; pero, tras una infancia cuajada de regañinas por hacerlo, había aprendido a reprimirse si había alguien mirándola (Daniel no contaba para aquellas cosas).

Sin embargo, lo único que palpó fue el lento avance de un milagro en ciernes. La señal radiofónica comenzaba a deshilacharse, y otra cadena robaba sílabas sueltas a la voz de Joaquín.

–Beatriz –la llamó Daniel, con una voz tan hueca como un vaso sin agua o un cielo sin estrellas–. ¿Crees que, si no vemos las consecuencias de algo, aun así importan?

A veces, cuando las personas quieren preguntar algo que afecta a un secreto, preguntan otra cosa relacionada, con la esperanza de obtener una respuesta que sirva para las dos cuestiones. Beatriz advirtió de inmediato de que eso era lo que su primo pretendía. Aunque le desconcertaba que Daniel mantuviese algo en secreto, contestó lo mejor que pudo.

–Creo que cualquier consecuencia no comprobada fehacientemente es una hipótesis.

–¿Crees que he sido un buen santo?

Esa tampoco era la pregunta que le preocupaba, realmente; y, en cualquier caso, nadie que pasase un solo minuto en Bicho

Raro habría puesto en tela de juicio la devoción de Daniel Lupe Soria.

-Eres mejor de lo que yo sería.

-Tú lo harías muy bien.

-Las pruebas te contradicen.

-Eh, ¿dónde ha quedado tu método científico? -protestó Daniel-. Una sola circunstancia no constituye una prueba científica.

Aunque su tono era ahora más desenfadado, Beatriz seguía inquieta. Su primo no solía preocuparse en vano, y en su voz había un eco inconfundible de preocupación. Giró con cuidado el dial para que el sonido no crepitase.

-Algunos experimentos pueden demostrarse con un solo resultado. En ocasiones, lo que se prueba con ellos es que no sería responsable efectuarlos por segunda vez.

El zumbido de la radio se intensificó entre los dos primos. Al fin, Daniel volvió a hablar.

-¿No se te ha ocurrido pensar que a lo mejor estamos haciendo mal las cosas? Me refiero a todos nosotros.

Aquella sí que era una pregunta real, aunque seguía sin ser la que importaba. Fuera como fuese, era un rompecabezas demasiado grande para responderlo en una sola noche.

La conversación se interrumpió por un estremecimiento en el arbusto que había delante de ellos. Las ramas volvieron a agitarse y, de improviso, una sombra salió con un rugido de entre ellas.

Ni Beatriz ni Daniel se inmutaron. No en vano se apellidaban Soria; en su familia, quien tuviese intención de saltar ante cualquier sombra repentina tendría que ejercitar con seriedad los músculos de las pantorrillas.

El rugido se disolvió en un batir de alas sordo y potente, al tiempo que la sombra tomaba la forma de un gran ave en pleno vuelo. El animal pasó tan cerca de ellos que el pelo de Beatriz se agitó, acariciando su mejilla. Era un búho.

Beatriz sabía muchas cosas acerca de los búhos. Sabía de sus ojos, enormes y poderosos, pero fijados en su sitio por unas protuberancias óseas llamadas anillos escleróticos. Esos anillos son la razón de que los búhos muevan la cabeza en todas direcciones para ver lo que tienen a los lados, en lugar de mirar de soslayo. Sabía que muchas especies de búho poseen oídos asimétricos, lo que les permite situar con precisión el origen de los sonidos. Y sabía algo de lo que no mucha gente es consciente: además de poseer una vista y un oído muy agudos, los búhos sienten una fuerte atracción por los milagros, aunque el mecanismo que atrae a las aves hacia esos acontecimientos apenas se ha estudiado.

Daniel se inclinó hacia su prima y apagó la radio. El silencio se escurrió en torno a ellos.

En el lado opuesto al punto en el que había aparecido el búho se hicieron visibles unos faros. En un lugar como aquel no era raro caminar toda la noche sin cruzarse con ningún vehículo, razón por la cual Beatriz observó con interés los puntitos de luz que se acercaban desde la derecha. Aunque el coche se encontraba demasiado lejos para oírlo, Beatriz estaba tan familiarizada con el sonido de los neumáticos al pisar los guijarros que sus oídos imaginaron que lo captaban. Alzó la mano y trató de palpar el sonido con la yema de los dedos.

Daniel cerró los ojos y sus labios empezaron a moverse. Estaba rezando.

–¡Eh, unos faros! ¿Estáis tontos o qué? –era Joaquín, que, aburrido de esperar su llegada, se había asomado a la parte trasera de la

camioneta-. ¡Faros! ¿Por qué no me habéis avisado antes? ¡Es la Comisión Federal!

Beatriz cerró el puño y bajó la mano.

-No se dirigen hacia aquí -dijo.

-¿Cómo lo sabes?

-Van a... -respondió ella, levantando la mano y completando la frase con un gesto vago.

Joaquín saltó a la camioneta para desenchufar de un tirón los cables de la batería que alimentaba la emisora, y luego brincó afuera para arrancar con energía las tomas de tierra. Sin embargo, como ocurría a menudo, Beatriz tenía razón. Los faros avanzaron en la distancia sin detenerse ni girar hacia ellos, iluminando matas de artemisa y hierbajos. El vehículo se dirigía, sin duda, hacia Bicho Raro. Lo que buscaba no eran ondas de radio, sino milagros.

Daniel abrió los ojos y dijo:

-Tengo que llegar al pueblo antes que ellos.

Porque no podía haber milagros si no había un santo.